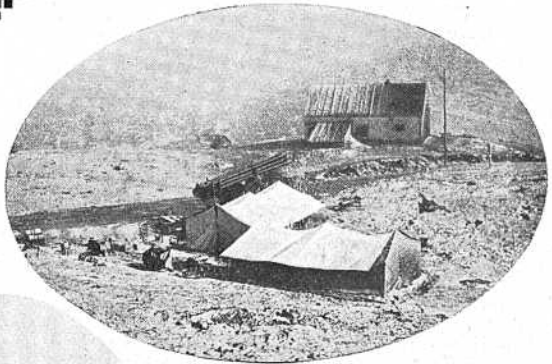




El Sr. Márquez contemplando las cajas de materiales cubiertas de nieve.



Puerto de la Bonaigua.—En primer término, dos tiendas del campamento. Más allá, un camión cargado de madera. Al fondo, la casa del guía y el refugio.

EN otras páginas de este número verá el lector la información que dedicamos al acto inaugural de la línea que hoy pone al Valle de Arán en contacto con los demás lugares del territorio español. Las fotografías que con aquella publicamos hacen pensar inmediatamente en las dificultades con que, sin duda, tropezaron los hombres encargados de la construcción de la línea.

Convencidos de que cuantos hojeen esta Revista tendrán interés en conocer las condiciones en que se efectuaron los trabajos, hemos solicitado de D. Luis Márquez, que los dirigió, algunos datos, que éste nos ha facilitado amablemente. He aquí unos breves apuntes de la conversación sostenida con nuestro querido compañero:

—¿Cuál fué la sección más difícil del trayecto?

—La que va de Esterri de Aneu a Saldú. En ella pasa la línea por un terreno quebradísimo, porque no es posible seguir la carretera y deben franquearse alturas que, a veces, alcanzan 2.000 metros, como en el puerto de la Bonaigua.

—Entonces, ¿el trazado tuvo que ser, por fuerza, muy irregular?

—Por lo menos, muy variado. Fué preciso hacer desviaciones en casi todo el tra-



Preparando la colocación de crucetas y rios-tras a pesar del viento helado de la hora temprana.

yecto y usar materiales especiales, debido a los grandes aludes de nieve, que duran seis meses y destruyen cuanto encuentran a su paso.

Y el buen amigo Márquez, que, como no anda escaso de estatura, nos habla replegado en tres dobleces, desde su sillón báscula giratorio, nos muestra unas cuantas fotografías, mientras continúa:

—Estas vistas le darán idea del clima y terreno en que se ha construido la línea y de la lucha casi constante que nos vimos precisados a sostener contra los elementos. En estas fotografías hay nieve, lo que no es sorprendente en aquella región; pero si le digo que fueron tomadas en pleno mes de agosto, el hecho ya no le parecerá muy natural. Durante el invierno queda interrumpido el tráfico por carretera con el Valle, porque la nieve la cubre totalmente.

—¿Las características del terreno—preguntamos—favorecieron la penosa tarea?

—Al contrario. Otra de las grandes dificultades que hubimos de vencer fué la del hoyado, debido precisamente a la naturaleza rocosa del terreno, que nos obligó a emplear la dinamita para perforar la roca viva. Por otra parte, lo quebrado del suelo nos impuso no pocas penalidades; pues en muchos sitios se tuvo que bajar la ma-



La brigada, bajo los efectos del frío, se cobija en las recias mantas, que hubieron de comprarse a toda prisa.

dera por grandes precipicios, usando para ello cuerdas muy largas y trócolas. El terreno era tan abrupto, que todo el material se trasladó a hombros, porque ni caballerías pudieron utilizarse. Menos mal que nos animaba un gran entusiasmo—comenta el Sr. Márquez—y además, el regocijo con que nos recibieron los vecindarios de los pueblos que atravesábamos a lo largo de todo el trazado, recompensó con creces nuestro esfuerzo.

—¿Quiere usted decirme algo de lo que pudiéramos llamar historia anecdótica del tendido?

—Empezó la línea a mediados de agosto. Los campamentos se instalaron en el puerto de la Bonaigua, desde el que se empezó el trabajo en dos direcciones opuestas: hacia Sort, por un lado; por el otro, hacia Viella.

A fines de agosto cayó sobre el campamento un temporal de nieve y los valientes hombres de las brigadas tuvieron que adquirir, no sólo vestidos, sino costumbres esquimales. Se compraron mantas por docenas y los viejos chalecos de punto salieron a relucir bajo las chaquetas y zamarras. Desde Esterrí de Aneu a Salar-dú se llega, atravesando el puerto de la Bonaigua, a 2.000 metros de altura, para descender luego, siguiendo la orilla del río que corre entre altísimas montañas. Desde Salar-dú a Viella se bordea la carretera.

—En aquellos parajes no recibirían ustedes muchas visitas—decimos.

—Pocas, pero valientes—es la respuesta del Sr. Márquez—; y ya que me lo pregunta, no deje de apuntar que un día el campamento se vió honrado con la comparecencia del Sr. Carroll, ingeniero de Construcciones y Conservación del segundo distrito, acompañado de su bella esposa. También tuvimos el placer de saludar por allí al ingeniero de Obras públicas del Estado, D. Nicolás Arespachoga. Por lo demás, una vez que quisimos pedir algunos detalles a un pastor que encontramos, toscamente vestido de pieles, nos fué imposible preguntarle ni entenderle, porque hablaba una especie de «patois», tan raro, que no supimos deducir lo que significaban aquellos ásperos sonidos. Algunos guías que encontramos fueron los únicos que nos facilitaron informes muy valiosos sobre los lugares más habitualmente castigados por los aludes.

—Para los camiones—indicamos—, el trabajo sería de prueba.

—Figúrese; tenían que recorrer 150 kilómetros en cuesta para llegar a su destino.

—¿Y el factor alimentación se resolvía fácilmente?

—Fácilmente, no; pero sí con fortuna, en especial cuando

subimos a 2.300 metros y bordeamos los lagos. En ellos se pescan magníficas y enormes truchas, que sirvieron de exquisito manjar a las brigadas. Todas las mañanas aparecía un hombre como por encanto y nos vendía cuantas llevaba. El vino (muy



El Sr. Altez, que suministró toda la madera; D. Luis Márquez, que dirigió la construcción de la línea; Sr. Carroll y señora, frente a una tienda del campamento.



Por las mañanas había que descubrir los materiales, totalmente cubiertos de nieve.

(importante en climas fríos) lo adquiriríamos por pellejos, que duraban una semana..., a no ser que descendiese la temperatura.

—¿Cuántas tiendas les cobijaban?

—Tres, que constituían el campamento. Cuando las brigadas se separaron—concluye nuestro amable interlocutor—, una se llevó dos tiendas, y la otra, una; naturalmente—añade—, porque era más práctico

que llevarse una y media cada brigada. Reímos del inagotable buen humor del excelente compañero, cuya tez, ennegrecida por el contacto de los elementos, se destacaba sobre la claridad del muro, y le estrechamos la mano, agradeciéndole, en nombre de nuestros lectores, la charla tan amena con que nos ha obsequiado.

F. E. DE R.

LA S MUJER E S E M P L E A D A S

DESDE que cayó en mis manos el primer número de nuestra simpática REVISTA TELEFÓNICA cruzó por mi imaginación la siguiente idea:

«¡Si yo me atreviese a escribir un artículo, puesto que ponen sus columnas a nuestra disposición...! ¡Si no corriese la suerte de un mal viaje a *cestona* y me lo publicasen...!»

Y hoy... al fin... ¡me decido!...

¿Saben ustedes por qué? Pues porque cada día veo más a las claras el encono y la tirantez que nos tienen a las muchachas que nos dedicamos (según frases textuales) a *usurpar* los puestos que les pertenecen a los hombres. ¡Muy bonito!...

De manera que hasta que la mujer ha roto los moldes que la aprisionaban y ha luchado contra viento y marea en el mar de la sociedad para crearse un porvenir que le permitiese vivir con holgura y, sobre todo, no verse obligada a aceptar el casamiento como único medio de resolver el *problema* de la vida, hasta este momento, digo, no se han dado cuenta más de cuatro de lo que la mujer vale y de lo que es capaz.

Hoy día están las mujeres casi en idénticas condiciones (y en algunos casos en mejores) para poder aspirar a esos puestos, en los que algunos hombres se esfuerzan en hacernos creer que no valemos para ellos... ¡Eso sería *antes*, pero no *hoy*!...

Cierto, muy cierto, que a la mujer le sienta mejor el papel de ama de casa, ocupándose en las labores propias de su sexo, dando la nota alegre al retorno del esposo al hogar, después de haber desempeñado su cargo en cualquier puesto. Pero ¿dónde están esos hombres acreedores a tales *distinciones*? Porque con la manera de pen-

sar de la mayoría de los jóvenes de estos tiempos, las mujeres tenemos que tener también otros pensamientos sobre nuestra independencia y no sujetarnos a caprichos y arbitrariedades de ninguno de ellos sólo por decir: «¡Ya tengo quien me *mantenga*!» (Conste que yo rabio por casarme... pero no a uso del siglo XX... ¡con tanta gasolina!...)

Ahora bien: lo que a nosotras, las modestitas empleadas, nos conviene es, primero, procurar *saber ser* empleadas, y más aún, y dentro de ese medio ambiente en que por necesidades económicas tenemos que vivir, procurar ser mujeres, ser femininas, no perder el perfume precioso de nuestro sexo junto con sus delicadezas, que tanto distan del papel que algunas nos quieren hacer desempeñar, imitando en todo al sexo contrario.

Además, nos obliga a ser así la gratitud a la querida Compañía Telefónica, que, al abrir sus oficinas a las mujeres, ha llevado a muchos hogares la tranquilidad y la esperanza en un bello porvenir.

Pongamos todo nuestro empeño en esto; defendámonos no con palabras vanas ni discusiones infructuosas, sino *con hechos*, y veréis cómo al cabo de cierto tiempo, no mucho, los mismos que hoy *reniegan de las mujeres usurpadoras* nos ensalzarán desde ese punto de vista y... desde el *otro*.

¡Esa será la manera de que las mujeres estén en sus casas y formen su hogar... convenciendo sobre todo a los solteros y haciéndoles que *rectifiquen*!...

¡Ah! ¡Conste que esto no es reclamo!

PILAR HERNÁNDEZ MOROS,

Taquimecanógrafa, Dirección 4.º Distrito.—León.